



Columna

Marcelo Trivelli
Fundación Semilla

Inteligencia artificial: el genio fuera de la botella

El Genio de la Inteligencia Artificial (IA) salió de la botella y ya es una amenaza para el futuro de la humanidad. La IA es mucho más peligrosa que la tecnología nuclear y por ello nunca debemos olvidar lo que dijo Albert Einstein: “El problema real no está en la bomba atómica, sino en el corazón del hombre”, refiriéndose a que la tecnología en sí no es buena ni mala, sino que depende de quién la usa y con qué propósito. Sin embargo, a diferencia de la energía nuclear, cuyo uso sigue estando controlado por los humanos, la IA cruzó el umbral de lo autogenerativo, evolucionando sin intervención directa.

Hoy, los sistemas de IA no sólo procesan información y ejecutan tareas con eficiencia sobrehumana, sino que también son capaces de mejorar y evolucionar sin la intervención directa del ser humano. La humanidad llegó a un punto de inflexión en su relación con la tecnología.

El crecimiento de la IA ha sido exponencial en los últimos años y seguirá avanzando incluso a mayor velocidad. Lo que son capaces de hacer los programas de IA es inimaginable para casi toda la humanidad. Geoffrey Hinton, considerado el “padrino de la IA”, advirtió en 2023 que “los sistemas de IA podrían volverse más inteligentes que los humanos más rápido de lo que anticipamos”. ¡En mi opinión, ya lo son!

Esta afirmación nos enfrenta a una cruda realidad cual es que la IA ya es, en su conjunto, más capaz que cualquier individuo en la Tierra. Aunque hay competencias en las que los humanos siguen destacando, como la creatividad pura o la intuición emocional, en una comparación integral, la inteligencia artificial supera

con creces cualquier capacidad humana en eficiencia, velocidad y precisión.

Entre los entendidos parece haber coincidencia en la necesidad de que los Estados regulen su desarrollo. Pero nos enfrentamos a dos disyuntivas: a) cómo regulamos algo que es autogenerativo y no conocemos su futuro y b) enfrentamos la encrucijada de que el exceso de regulación puede inhibir su desarrollo o que la falta de regulación podría tener consecuencias desastrosas.

Si la IA sigue desarrollándose sin un marco de control adecuado, los riesgos podrían ser inmanejables. Un paralelismo inquietante es el caso de las redes sociales. En sus inicios, las grandes plataformas digitales prometieron conectar al mundo y democratizar la información. Sin embargo, la avidez y codicia de sus accionistas y la ausencia de regulación temprana permitió la propagación de desinformación y la manipulación de esta, la explotación de datos personales y graves efectos en la salud mental de niños y adolescentes. Como resultado, los gobiernos reaccionaron tardíamente, implementando medidas correctivas cuando el daño ya estaba hecho.

Por ello, los Estados deben actuar con urgencia y establecer leyes claras y efectivas sobre el desarrollo y uso de la IA. La cooperación internacional es clave en este proceso para evitar una nueva forma de neocolonialismo digital. Es necesario establecer límites a su autonomía, supervisar su evolución y garantizar que sus aplicaciones se alineen con principios éticos y humanos. De lo contrario, no seremos capaces de convivir con un Genio que ya vive fuera de su botella.